Nos decían que la gente no debía estar cerca de nosotros

Ángel Largo

NACÍ EN LA PROVINCIA DE LOJA. No tengo hijos, mis padres murieron, y tengo sólo un hermano y unos sobrinos que aún viven en Loja. Me llamo Ángel Largo. Tengo 74 años. Veo a mi familia muy poco. Sin embargo, ellos me ayudan con mi sobrevivencia. También vivo de cualquier labor que hago, más lo que le dan a uno por remuneración aquí, aunque sea poco, ayuda. Tengo viviendo en el hospital 33 años. Vine más o menos de 41 años, en 1983. Trabajaba en una compañía alemana y de allí me enviaron para acá. No trabajé tanto allí, debe haber sido un año. Pero allí comencé a sentir los efectos de la enfermedad. Tenía escalofríos, fiebre, siempre tenía que hacer reposo unos días por lo menos. Ya sabía de qué se trataba, pero estaba trabajando. En el trabajo me decían: “Traiga el certificado médico del doctor”. Entonces me iba al centro de salud y el doctor me decía: “Tiene alergia al alcohol, le voy a dar medicamento para que se mejore”. Al día siguiente, llevé el certificado, fui y se lo presenté al gerente de la compañía. Hasta que un día el doctor dijo:

—Aquí no lo podemos tratar, lo que puedo es hacerle una transferencia.

—Aquí yo no puedo estar mejor que en un hospital —le dije.

—Si sale, usted deja el trato.

Le dije que sí. En ese entonces tenía yo un sobrino que trabajaba en la Prefectura. Le hablé y le dije que quería ir al hospital. Y él me ayudó. Salí

124 entonces de la compañía y vine aquí. Cuando llegué, más o menos, debe haber habido unos 50 pacientes. El hospital era diferente de lo que es hoy. Con el tiempo han mejorado la estructura y los servicios.

En la época cuando yo llegué, nosotros nos servíamos entre nosotros. Por ejemplo, un paciente hacía de enfermero, otro paciente calentaba la comida en las salas donde estaban los demás. Yo era el empacador de la comida. Me dieron un coche para que pudiera recorrer todo. Traían un mesón y se traía la comida de la cocina, la tomábamos y la distribuíamos. En aquel tiempo no teníamos permiso de salir. Teníamos que trabajar aquí. Después ya abrían las puertas, ya se podía salir. Pero al comienzo, no, porque era considerado un leprocomio. Luego le cambiaron el nombre para que pudiera subsistir y le llamaron Hospital Dermatológico. Le cambiaron de categoría para que no desapareciera, aunque originalmente se abrió para los pacientes de lepra. Pero cuando entré aquí, no era tan bueno, no había médicos de día, aunque sí de paso. No había enfermeros y la medicina, sobre todo, era escasa. Los servicios también eran escasos. Había sólo el servicio médico cuando alguien lo llamaba. Venían a vernos cuando estábamos mal, por ejemplo, del corazón, o si había alguna diálisis. Cualquier cosa que uno necesitaba, el médico que venía informaba a las autoridades, y por medio de él alguna cosa se podía conseguir. Entre ese y este tiempo he visto morir a unas 100 personas. A mí me tocó atender a algunos compañeros en las últimas cosas de su vida. Porque yo llevaba la comida y si alguien estaba bien grave, tenía que visitarlos, para poder comunicar a los representantes que lo fueran a auxiliar. También hay quienes se han ido y de pronto vuelven. Otros se han ido y se sabe muy poco de ellos. Solamente con las personas que vienen a hacerse exámenes a veces nos encontramos, de lo contrario, uno pierde el contacto. Ellos tampoco vuelven a visitar.

Eso de tener lepra y saber que uno va a morir es difícil de describir. Aún no lo sé explicar. Hay compañeros que están sufriendo y tal vez sea mejor que mueran. A ellos hay que atenderlos, pero también a uno le hacen sufrir mucho. Sin embargo, hay que darles algún tipo de alivio. A mí me ha tocado hablar con pacientes muy delicados de salud que han estado con dolores y se han desesperado por eso. Siempre me ha dado pena verlos sufrir y uno piensa que es preferible que dejen de sufrir porque es desesperante también para uno. Uno sufre con ellos.

Yo he estado un poco acostumbrado a sufrir desde niño. Me quedé sin mamá a los dos años de edad. La primera reacción que tuve a la lepra fue cuando tenía unos 17 años. Me dio una hemorragia nasal, me llevaron al hospital. Ahí fue cuando me diagnosticaron la lepra. Luego de la hemorragia, mi piel quedó afectada y el doctor que me atendió en el hospital me dijo: “Tengo que mandarte a la sanidad para hacerte unos exámenes, ya que tienes lepra”. Me mandaron con un enfermero. El doctor no me confirmó directamente, sino que le dijo al enfermero que iba conmigo. Me estaba atendiendo uno de Estados Unidos que me dijo: “tú no estás bien”. Y fui donde mi hermano, con quien vivía entonces. Más o menos unos dos meses después, llegó un doctor de la campaña de la lepra. Yo estaba trabajando cuando mi hermano dijo:

—Te andaban buscando.

—Ahí tenemos una casa en el campo —le respondí —dile a la gente que viene que estoy ahí.

Al mediodía me fui, sabía que iban a buscarme los de la campaña. Mi hermano no sabía nada de mi diagnóstico. Cuando llegaron, empezaron a preguntar que si era separado, que si vivía con familia, que con quién vivía, que si la casa era mía o de alguien más. Que si vivía allí en la casa, que si tenía una cama, porque iban a quemar la casa. Cuando continuaron con el interrogatorio le dijeron a mi hermano: es que es enfermo de lepra. Ahí cambió mi vida, pensé: “para que me quemen la casa, es porque la cosa está complicada”. Entonces decidí irme de la casa.

Una madrugada me fui con una maleta, salí del pueblo a tomar un carro lejos. No conocía el hospital de aquí, ni sabía del carro que venía hasta aquí. Llegué solito y no conocía nada. De casualidad me encontré con un amigo que conocí y fuimos a su casa. Me gustó porque le dije que venía a conocer y me preguntó si quería trabajar aquí. Me dijo que podía ayudarme a buscar trabajo, era enfermero y podía ayudarme a encontrar un trabajo en el hospital. Me dijo: “Aquí uno viene a hacer prácticas y luego le dan el nombramiento”. Me explicó que ahí él estaba bien y que había bastante trabajo. Como yo andaba decepcionado, acepté que fuéramos. Él no sabía lo de la lepra. Sólo lo sabíamos el leprólogo y yo. En el pueblo no dejé ni rastro. Ni siquiera les conté cómo salí de la casa. Le llamaban “la enfermedad de Lázar”. A las personas con lepra nos decían “lázaros”. Entonces trabajé un buen

tiempo allí. Y de ahí, como había tierras baldías por donde él vivía, me salió un trabajo en una compañía. Yo desaparecí de mi pueblo, nadie sabía qué había pasado conmigo, nadie, nadie. Aparentemente, decían que estaba por una zona llamada El Olivo. Ya después de un tiempo resulta que mi hermano había salido a buscarme. Pensó que había muerto. Entonces llegó a un restaurante de El Olivo para desayunar. Coincidentemente yo me había quedado ahí ese día porque allí comía. Las coincidencias: nos encontramos ahí.

Para entonces yo tenía sueños de superación y siempre pensaba, como vivía en el campo y tenía una finca, que algún día iba a hacerla producir. Luego del trabajo en la compañía volví a trabajar en la finca pero ya no pude por cuestiones de la enfermedad. El trabajo era más duro, había que cortar mucha hierba. No pensaba ni siquiera en matrimonio o en hijos porque eso ya había quedado descartado de mi futuro. Fui conociendo un poco más lo que era la lepra y preferí vivir solo. Pero sí tuve novias antes de venir acá. Incluso ya vivía con una chica. Ella quería estudiar porque en esos días esperábamos que terminara el colegio para casarnos.

También donde trabajaba había una chica que me gustaba y que se había quedado sin sus papás. Se llama Victoria, aún está viva. Pensé entonces en contarle que estaba enfermo para ver cómo reaccionaba. Un día llegó de noche y quedé en preparar una buena comida para contarle lo que pasaba. Con ella las cosas ya eran en serio. Entonces esa noche bailamos, comimos y no pude contarle. Mejor decidí irme. Pensé: “me voy, no le cuento nada”. Porque no era tan fácil. Preferí quedarme solo y no la volví a ver. Después de un tiempo, la encontré al ir donde mi hermano.

Luego tuve cosas con mujeres, pero fueron pasajeras. Por ejemplo, tuve una chica que se llamaba Zenobia. Y una chica que se llamaba María. Con ellas, la relación era bonita. Cualquier relación con una mujer es bonita y más cuando se es joven. Pero no me casé ni tuve hijos. Para cuando me di cuenta, ya era muy tarde. Ahora cuando me relaciono con alguna chica, ya le cuento que tuve la enfermedad. Algunas de las que han venido aquí, creían que yo trabajaba aquí. Pero no era empleado del hospital, la gente de aquí sabía que trabajaba por otro lado.

Un día, unos sobrinos vinieron a vivir aquí, porque yo vivía en una casa que me dieron. Entonces, aún eran bienvenidos los familiares. Pero mis sobrinos no sabían nada. Ninguna de mis novias tuvo la enfermedad. Además,

esos tiempos eran difíciles aquí en el hospital. No nos dejaban tener pareja. Casi no nos dejaban tener amistades, y menos novias. De la gente que se casó y pudo vivir aquí, había hijos, y por ellos se veía algo de juventud aquí. Ellos estaban sanos. De todas maneras siempre nos han tratado como pacientes. Aunque ya estuviéramos sanos, nos controlaban como a enfermos.

Antes, hombres y mujeres estaban separados. Después de mucho tiempo cambiaron la pared que bajaba hasta la quebrada y que nos dividía. Era altísima. Se les ha dado más libertad a las parejas que se formaron aquí dentro. A los solteros nos controlaban más. No nos dejaban salir y hasta nos regañaban si veíamos a una chica. Nos decían que los hombres no debemos estar muy cerca de las mujeres. Nos decían que en general la gente no debía estar cerca de nosotros. Ponían ese temor en la gente de afuera para que se fueran. Eso tuvo un impacto grande en la vida íntima de uno. Si no cumplíamos con las reglas, nos amenazaban con sacarnos. ¿A dónde íbamos a ir? Teníamos miedo de salir de aquí y entonces preferíamos obedecer lo que nos imponían. Y a esta edad, pues aún más hay que obedecer.

Ya estando viejos casi no hay proyectos y más si estamos enfermos. Ahora, la expectativa que tengo es que nos sigan manteniendo aquí. Que sigan pendientes de nosotros. Porque se oyen rumores de que quieren quitarnos el sustento. Ya quedamos unos pocos y se rumora que el hospital desaparecerá. Hay un poco de temor de que se quiera ofrecer otro servicio aquí. Por eso, es mi deseo que a los que quedamos nos entierren aquí. Que nos dejen estar aquí hasta el final. Porque ya la esperanza de vida para los pacientes de aquí es sólo de días en algunos casos. Están esperando que nos vayamos para dar el hospital a otros enfermos, de otras cosas. ¿Qué pasará con nuestras historias, entonces? ¿Con lo que ha sucedido aquí por tantos años?

Debe darse a conocer la historia de este hospital. Que la gente sepa quiénes y cómo estuvimos aquí. Se debe mantener nuestra memoria y la del hospital. Por eso, pediría al gobierno que nos deje tranquilos, que deje que se cumpla el destino y el tiempo que nos falta por vivir. Porque vivimos inseguros y no hay derecho de que nos hayan dado algo y que ahora nos lo quieran quitar, que no estemos seguros de seguir aquí. La gente siempre nos ha defendido, que ahora también lo hagan.